

UN AMOR IMPOSIBLE

Efe. 23-08-15. *Los restos humanos hallados en las excavaciones de las termas romanas de Clunia, bajo uno de los hornos usados para calentar el agua de las piscinas, han sido llevados al Instituto Anatómico Forense de Sevilla para su datación.*

Quinto Aulio se atrevió por fin a asomar fugazmente su cabeza por encima del gran horno. Afortunadamente, los calores de agosto habían hecho innecesario su uso para caldear las piscinas de los tepidarios y el caldario. De lo contrario se habría cocido como las gambas al vapor que tanto gustaban a su tío Gneo. Aguzó el oído. Solo el lejano rumor de las sandalias de los milites haciendo la ronda en el exterior.

Con extremo cuidado abandonó su escondite y avanzó a tientas entre las columnas. Estaba muy oscuro allí abajo. Los fuegos de las antorchas hacía tiempo que se habían extinguido y por las luminarias apenas penetraba un tenue atisbo de luz. Había elegido bien: una noche sin luna.

Procurando no hacer ningún ruido ascendió la escalera de piedra hasta el piso superior, rodeó la piscina, tratando de no resbalar sobre el mármol todavía húmedo, y atravesando el frigidario salió al jardín a través del umbral porticado. La noche era calurosa. Ni una brizna de viento que mitigara el fuego que ardía en su interior. Flavia, Flavia, repetía una y otra vez al compás de los latidos de su corazón. Por fin podré verte a solas, lejos de la inquietante mirada de tus hermanos, tan apegados a su sangre patricia. Por fin podré abrazarte y besarte sin temor.

Flavia le esperaba en el apoditerio reservado a las mujeres, al otro lado del jardín. Había sobornado a uno de los esclavos para que la pequeña puerta lateral por la que accedían al hipocausto quedara abierta esa noche. La impaciencia lo consumía. Aceleró el paso. Una raíz traicionera atrapó su sandalia y cayó de bruces. Maldijo su suerte. Se había hecho un feo rasguño en la frente. Se palpó la herida con cuidado sin advertir la tierra que cubría sus manos y observó con horror las manchas de barro que mancillaban su túnica impecablemente blanca. Imploró a los dioses al contemplar su imagen en el estanque a la luz de las estrellas.

Resignado a su suerte se aseó como pudo, confiando que la penumbra disimulase su torpe imagen. Mentalmente recitó los ardorosos versos de amor que su amigo el poeta Marco Vitrubio había compuesto para la ocasión, celebrando la belleza de su amada y lo profundo de su devoción por ella. Un breve instante de duda. La imagen del águila que coronaba la puerta pareció mirarlo con desdén. Se irguió y con paso firme atravesó el umbral.

El apoditerio permanecía en penumbra. La escasa luz que penetraba a través de los finos paneles de alabastro que cubrían las ventanas difuminaba las sombras de las columnas. Tras una de ellas vislumbró una figura envuelta en una blanca túnica y cubierta la cabeza con un velo. Se apresuró hacia ella y abrazándola con fuerza musitó su nombre.

UN AMOR IMPOSIBLE

Pero su amada Flavia lo rechazó, empujándolo con inusitada fuerza. El velo cayó. Apenas entrevió el destello del acero que le atravesó el pecho. Cayó de rodillas. Con asombro, con horror, con resignación, con rabia, contempló el iracundo rostro del hermano, Tulio Flavio, y comprendió que sería esta, y no la de su adorada Flavia, la última visión que lo acompañaría en su viaje a las sombras.